Hacia una ontología del desacople: la libertad como campo de no-participación

El problema de la libertad suele enmarcarse en una dicotomía estéril: determinismo frente a aleatoriedad. En este esquema, la libertad se presenta como una propiedad emergente de un sistema causal indeterminado. Sin embargo, esta discusión opera dentro de un plano ontológico que da por sentado un presupuesto incuestionado: que la libertad es un tipo de evento o de elección dentro del flujo de causas y efectos. Esta perspectiva se revela insuficiente al observar que, tanto en un universo determinado como en uno azaroso, el agente permanece implicado en la dinámica causal. Su acción—ya sea fruto de una cadena previa o del puro accidente—sigue siendo una forma de participación. La verdadera grieta conceptual no se halla en el mecanismo de la decisión, sino en el estatuto mismo de la implicación.

Desde esta crítica, surge una propuesta radical: la libertad no es un acto de elección, sino la condición de no-participación. Para conceptualizarla, resulta útil una metáfora físico-ontológica: la distinción entre campo y partícula. La partícula representa al ente diferenciado que interactúa, choca, intercambia energía y se inscribe en una historia; su existencia es puro roce. El roce es aquí la fricción ontológica que genera identidad, causalidad y narrativa. La no-libertad es, precisamente, este estado de roce permanente.

El campo, en cambio, representa el sustrato no manifestado, la condición de posibilidad que no interactúa ni se desgasta. Es el espacio que permite el movimiento sin ser el movimiento mismo. La libertad, en este marco, sería análoga al campo: un estado de mínima fricción donde no hay adhesión ni identificación con los procesos que ocurren. No es “hacer lo que uno quiere”, sino no estar atrapado en el deseo de hacer. La elección, por tanto, ya es síntoma de no-libertad, pues presupone un sujeto enfrentado a opciones dentro de un sistema dado.

Esta ontología explica por qué el debate tradicional resulta insatisfactorio. Tanto el determinismo como la aleatoriedad describen modos de comportamiento de la partícula. En el primero, la partícula es arrastrada por causas; en el segundo, por la ausencia de ellas. En ambos casos, la partícula participa. La libertad como no-participación, en cambio, pertenece al orden del campo. Es un cambio de nivel ontológico: no se discute el tipo de vínculo causal, sino la posibilidad de existir sin vínculo alguno.

La encarnación del roce: condiciones y paradoja práctica

Esta teoría no es una abstracción etérea. Se encarna en lo concreto: la respiración autónoma, el hambre, el pensamiento recurrente, las condiciones sociales. Estos fenómenos no son la no-libertad en sí mismos, sino los sustratos donde el roce puede ocurrir. La no-libertad emerge con la identificación. Por ejemplo, el simple acto de respirar se vuelve roce cuando la conciencia se aferra a él, lo controla o lo vive como “mío”. La condición material es neutra; la adhesión subjetiva a ella genera la fricción.

Ahí reside la paradoja práctica: la vida manifestada es participación. Respirar, comer, pensar, son procesos con los que el organismo está inevitablemente acoplado. La no-participación absoluta parece equivalente a la no-existencia. Sin embargo, la propuesta no es la aniquilación, sino un cambio en el modo de relación. No se trata de dejar de actuar, sino de actuar sin el hacedor; de permitir que los fenómenos—físicos, mentales, sociales—ocurran sin que la conciencia se contraiga alrededor de ellos como un propietario. Es la diferencia entre estar hambriento y creer que se es “el que tiene hambre”. La acción puede fluir (comer), pero sin la capa adicional de narrativa identitaria que genera roce.

Esta aprehensión conlleva una consecuencia existencial desafiante: la libertad pura, entendida como campo, es ajena a las calidades humanas de la calidez, el propósito o el consuelo. Puede, incluso, percibirse como triste o fría desde la perspectiva de la partícula, que vive del intercambio y la fricción afectiva. La felicidad que se deriva de esta comprensión no es, por tanto, la del logro de un estado deseado, sino la felicidad lúcida del reconocimiento. Es la alegría de entender el juego, de no estar atrapado en la banalización cultural de la libertad como mera elección de consumo o autoafirmación superficial.

El contraste necesario y el valor del pensamiento

La teoría se sostiene sobre una paradoja estructural: la libertad se hace cognoscible únicamente por contraste con la no-libertad. Si la partícula—el “nosotros” encarnado y condicionado—fuera pura libertad, no habría conciencia de ella. Es precisamente la experiencia del roce, de la limitación y de la adhesión, lo que señala, por negación, la posibilidad de un fondo no condicionado. La no-libertad no es, entonces, un error a eliminar, sino el maestro necesario. Somos el contraste que permite al campo reconocerse a sí mismo.

El valor último de este entendimiento no reside en ofrecer una técnica para “ser libre”. De hecho, convertirlo en un método sería caer de nuevo en la participación. Su valor es clarificador. Permite desmontar discursos gastados y observar con ironía lúcida la búsqueda ansiosa de libertad que caracteriza a la cultura contemporánea. Es un pensamiento que, al no aferrarse a la propia palabra “libertad”, ejecuta la misma no-participación que describe. En este acto de reflexión pura, en el simple placer de pensar cómo se piensa, se realiza fugazmente aquello de lo que se habla: el pensamiento se convierte en un espacio de no-roce, donde el campo se observa a sí mismo, sereno y completo.

Esta conceptualización integra, sin dogmatismo, intuiciones profundas del wu wei taoísta, la desidentificación no-dual y la ataraxia estoica, pero las reordena en una estructura original: la de una ontología del campo que explica la libertad no como un evento en el mundo, sino como el sustrato desde el cual el mundo puede ser vivido sin fricción. No es un mensaje de resignación, sino de reconocimiento; no promete la liberación, pero disuelve la ilusión de la prisión.